



EL PASILLO

Texto generado con ayuda de inteligencia artificial

El viejo internado se alzaba imponente a lo lejos como un gigante dormido. Sus muros de piedra, ennegrecidos por el viento, la lluvia y el tiempo, parecían guardar secretos que nadie se atrevía a nombrar.

Era a mediados de los sesenta, y para los alumnos internos de primero de Bachillerato la vida transcurría monótonamente entre rezos, estudio, recreos, las comidas y el eco interminable de pasos y voces en el patio y los pasillos.

Miguel, de diez años, llevaba apenas dos semanas allí. Aún no se acostumbraba a estar encerrado, a las camas alineadas como soldados ni al estridente sonido del timbre que marcaba cada instante del día.

Pero lo que más le inquietaba era un largo pasillo del piso superior, siempre en penumbra, incluso a pleno mediodía.

Los mayores decían que por las noches se oían golpes, como si alguien arrastrara muebles. Otros aseguraban que era el viento colándose por las ventanas viejas. Miguel no sabía qué creer, pero cada vez que pasaba por allí sentía un escalofrío que le recorría la espalda.

Una noche, incapaz de dormir, escuchó un ruido sordo. Luego otro. Y otro más. Se incorporó en la cama, conteniendo la respiración. Los demás dormían profundamente. El sonido venía, sin duda, de aquel pasillo.

Armándose de valor, salto de la cama y salió del dormitorio. El suelo de madera crujió bajo sus pies descalzos. Avanzó despacio, guiado por las tenues luces de emergencia. Cuando llegó a la esquina, vio una sombra moverse.

—¿Quién anda ahí? —susurró.

La sombra se detuvo. Luego, una voz temblorosa respondió:

—Soy yo... Julián.

Era el chico más tímido del internado, siempre con la nariz metida en algún libro. Miguel se acercó y vio que estaba empujando un viejo y pesado armario de madera.

—¿Qué haces aquí a estas horas?

Julián tragó saliva.

—Busco mi cuaderno. Se me cayó detrás del armario esta tarde y quiero recuperarlo.

Aliviado, Miguel soltó el aire que estaba reteniendo desde hacía un buen rato. No había fantasmas, ni muebles que se movieran solos. Solo un compañero muerto de miedo.

—Venga, te ayudo —dijo.

Entre los dos lograron separar el armario de la pared, lo suficiente para recuperar el cuaderno. Cuando regresaron al dormitorio, Julián sonreía por primera vez desde que había llegado al internado.

A la mañana siguiente, los rumores sobre ruidos misteriosos continuaron. Miguel y Julián se miraron en silencio, cómplices.

El internado seguía siendo frío, estricto y lleno de sombras... pero ahora, al menos, tenían un secreto compartido.

Y en un lugar como aquel, eso valía oro.